



Perdón y relación

por Myron S. Augsburger¹



Pablo dice:

Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Entonces mucho más, habiendo sido ahora justificados por su sangre, seremos salvos de la ira de Dios por medio de Él. Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida —Ro 5,8-10.

El propio hecho de que nuestra salvación no está vinculada solamente a la muerte de Cristo sino también a su vida, es en sí una declaración del

aspecto positivo y continuo de esta salvación como reconciliación con nuestro Señor. El perdón establece una relación nueva, aparta la enemistad, nos trae a una alianza de gracia.

El poder reconciliador del perdón se hace visible en una dimensión nueva de las relaciones humanas dentro de la gracia de Dios. Sin perdón no es posible ninguna relación importante entre nosotros, que somos falibles y pecadores; y ningún perdón es posible sin que el inocente sufra por el culpable. Esto vale para la relación de un matrimonio, la relación entre padres e hijos y para cualquiera amistad a todos los niveles. Nadie es perfecto y cuando ofendemos, la relación sufre a no ser que la otra persona nos perdone. En este perdón conocemos ese amor dispuesto a sufrir por nosotros y en caso contrario, el posibilidad de reconciliación se disipa. El aspecto sustitutorio de la reconciliación con Dios tiene que entenderse, entonces, desde nuestra perspectiva moderna de personalidad y la psicología de las relaciones.

Muchas veces algunos cristianos piensan de la muerte de Cristo casi como una especie de transacción económica, un trueque. Al contrario, tenemos que considerar esta perspectiva de la reconciliación con Dios que enfatiza la idea de relación. El inocente soporta su propia ira por el pecado del culpable y decide abandonarla por amor. El perdón deja en libertad al culpable, pero quien carga con el peso de ello es Dios. En la cruz, Jesús dijo, en efecto: «Ese problema tuyo es ahora mi problema». Apechugó él con el problema de nuestro pecado, nuestro distanciamiento rebelde... hasta la muerte.

Poco después que mi esposa y yo nos mudamos a Washington, D.C., para abrir una iglesia en la Colina del Capitolio, tuve un encuentro interesante con un hombre en la calle. Él estaba sentado en un banco y yo me detuve para charlar. De repente me preguntó:

—¿Es usted un predicador?

—Sí —respondí.

En su cara apreció un gesto casi burlón:

—¿Y en qué sentido es mejor mi vida porque Jesús haya muerto en una cruz hace dos mil años?

Me lo quedé mirando, repasando mentalmente las diferentes teorías sobre la reconciliación con Dios. A fin de cuentas, yo había estudiado teología. Por fin le pregunté:

—¿Tú tienes amigos?

—¡Pues claro que tengo amigos!
—respondió.

—Si uno de ellos está pasando una situación difícil, ¿qué es lo que haces?

—Le echo una mano.

—Ya. Pero ¿y si la cosa se pone difícil? —insistí.

¹ Myron S. Augsburger, *The Robe of God* (Herald Press, 2000), pp. 105-110.

También en este número:

Los del Camino	3
Democidio y la Biblia	4
Noticias de nuestras iglesias	6
Diccionario: cielo	8



—No importa. Apechugas con él.

—Bueno, sí. Pero ¿si la cosa se pone muy pero muy difícil? ¿En qué punto decides dejarlo tirado?

—¡Hombre! —protestó—. Si es de verdad tu amigo, nunca lo dejas tirado.

Sonreí.

—Dios vino en Jesús para ser nuestro amigo. Estábamos pasando una situación muy difícil, pero él apechugó con nosotros. ¿En qué punto iba a poder decidir dejarnos tirados?

Se me quedó mirando en silencio. Poco a poco es como que se le fue encendiendo una luz en los ojos:

—¿Es por eso que tuvo que morir Jesús?

—Bueno... Es una de las razones.

Se levantó del banco y enderezó la espalda, me sonrió, saludó y se marchó andando por la acera. Lo miré alejarse y me dije para mis adentros: «Éste no lo sabe, pero acaba de ser evangelizado. Es imposible para nadie olvidar el impacto de saber que Dios dice: "Ese problema tuyo es ahora mi problema"».

El perdón solamente es auténtico cuando su consecuencia es la reconciliación. No puede ser nunca algo que recibimos sin responder; es imposible reclamar por puro egoísmo ser libre de culpa sin relacionarse con quien perdona.

Sattler, un predicador anabaptista, preguntó quién entiende correctamente el significado de la muerte de Cristo. Ese significado sólo se experimenta por una fe que nos trae a una relación personal de reconciliación con Cristo. El teólogo y mártir luterano Dietrich Bonhoeffer tenía algo parecido en mente cuando habló del contraste entre «gracia barata» y «gracia costosa». Cuando damos por sentada la gracia de Dios y presumimos de ella, es que no hemos entendido que se trata de que nos acepta con el fin de relacionarse estrechamente con nosotros.

El perdón solamente tiene sentido en el contexto de una relación; el perdón libera al culpable para poder relacionarse con integridad con quien le ha perdonado. No existe tal cosa como librarse de culpa aparte de la reconciliación. El perdón solamente es auténtico cuando su consecuencia es la reconciliación. No puede ser nunca algo que recibimos sin responder; es imposible reclamar por puro egoísmo ser libre de culpa sin relacionarse con quien perdona. El perdón es reconciliación; no es solamente librarse de culpa.

Para disfrutar del perdón, es necesario que volvamos a Dios. Como en la historia del hijo pródigo, Dios nos espera con los brazos abiertos para perdonar y superar nuestras ofensas. Dios es un Padre que mira más allá de la ofensa para ver la persona. Dios prefiere tenernos aunque sea con nuestro pasado, antes que no tenernos.

Reconocer esto nos lleva a distinguir entre el pecado y los pecados. Nuestro pecado fundamental es la rebeldía contra Dios. Esta rebeldía se enmienda cuando respondemos al llamamiento evangelizador a reconciliarnos con Dios por la fe en Cristo. Sin embargo nuestros pecados ponen en evidencia la perversión de nuestras vidas. No hallan todos ellos respuesta automática en el llamamiento evangelizador; exigen acciones de santificación según vamos avanzando como discípulos. Esa disciplina emplea las terapias de la adoración, el aprendizaje y una comunidad de amor, e incluye muchas veces terapia con consejeros profesionales acreditados. La gracia está siempre a mano inme-

Jesús mi Salvador me salva hoy de ser lo que yo sería sin él.

diatamente, a disposición por el Espíritu Santo en nuestro interior y a favor nuestro —y también en el seno del cuerpo de Cristo.

Jesús mi Salvador me salva hoy de ser lo que yo sería sin él. La salvación no es solamente algo que he experimentado en el pasado; por cuanto estoy reconciliado, experimento cambios que siguen siendo posibles por su gracia transformadora.

Estamos «llamados a pertenecer a Jesucristo» (Ro 1,6). Es una relación de alianza, una reconciliación que nace de una «obediencia de fe» (Ro 1,5; 16,26). Esta alianza, bien entendida, es una relación de gracia, no una «justicia por las obras» que pretende merecer la aceptación de Dios. Al contrario, es vivir en la justicia, la relación justa, que recibimos en Cristo. No nos ganamos ni merecemos una relación con Dios. Sin embargo Cristo nos acepta por su amor y nos reconcilia con el Padre.

[...] Se cuenta que cuando Abraham Lincoln era un abogado en Springfield, Illinois, hizo un viaje al sur por el río Mississippi para visitar Nueva Orleans. Según la historia mientras estuvo allí fue a ver un mercado de esclavos y vio cómo iban trayendo a los negros al frente para subastarlos al mayor postor. Trajeron una mujer joven mal vestida, pelo desaliñado y ojos centellantes de ira y los hombres se pusieron a examinarla para decidir cuánto darían por ella. De repente Lincoln se encendió de ira y empezó él mismo a pujar.

Lincoln siguió pujando y uno a uno los demás postores fueron abandonando la puja hasta que él la compró. Se acercó a la plataforma, cogió la soga que la tenía sujeta por las muñecas y la condujo aparte de la multitud. Allí se detuvo y desató la soga. La mujer se frotó las muñecas

para aliviar el dolor y recuperar la circulación. Lincoln la miró y dijo:

—Eres libre. Te puedes marchar.

Ella lo miró sorprendida:

—¿Qué ha dicho, amo?

—Eres libre. Te puedes marchar.

—Quiere decir que puedo ir adonde yo quiera?

—Sí —dijo—. Eres libre. Te puedes marchar.

—¿Quiere decir usted que puedo decidir donde quiera ir?

—Sí —respondió—. Eres libre.

—¿Puedo pensar como quiera?

—Sí. Eres libre. Te puedes marchar.

Las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas. Cayó de rodillas y lo agarró por los tobillos. Dijo:

—Entonces, amo, me quiero ir con usted.

Esa es la respuesta moral de la persona agradecida que reconoce la maravillosa gracia de Dios cuando nos libera. Al ser perdonados somos puestos en libertad. Pero ser perdonados nos exige también empezar a andar libremente —y eso significa andar con Aquel que nos perdona. Esta es la sorprendente gracia de Dios, el amor de quien se da a sí mismo hasta la muerte.

Los del Camino

por Julián Mellado

El primer nombre que recibieron los seguidores de Jesús fue «los del Camino». Un nombre realmente importante, por ser el que se dieron ellos mismos. «Cristianos» es como los llamaron otros, en primera instancia los paganos de Antioquía. Pasa como el nombre «protestante», que es lo que los católicos llamaron a los disidentes de la Iglesia Romana.

En cambio, los nombres dados por los componentes del mismo grupo son más interesantes pues reflejan cómo se veían a ellos mismos. Y se veían *en camino*.

Esta idea sugiere que la fe en Cristo no es algo adquirido —estático, pasivo— sino más bien algo dinámico, activo, en movimiento. Por supuesto que esta idea del «camino» está inspirada en el propio Maestro. Jesús recorrió la antigua Palestina *haciendo bienes*, al decir del libro de Hechos.

En su caminar se encontró con toda clase de personas necesitadas. Y él era el *Caminante* que se tomaba tiempo para atenderles. Las necesidades eran múltiples en una época de inmensa pobreza de la mayoría, la enorme riqueza de unos pocos y un poder opresor romano que condicionaba cada aspecto de la vida. Además el pueblo oía diferentes maneras de hablar de Dios, que en el fondo les

apartaban de él. Muchos de esos pobres analfabetos no tenían tiempo para cumplir las minucias de las prescripciones religiosas. Por ello eran considerados «malditos». ¿Y los enfermos? ¿Y los desesperados? ¿Y los pecadores?

Cuando parecía que estaban abocados a su propia soledad, aparece de pronto el *Caminante*, que como diría Antonio Machado, fue *haciendo camino*. Camino de compasión, de dignidad, de encuentros con los marginados, de aceptación de los inaceptables, de perdón, del Dios de la vida.

Los seguidores del Maestro comprendieron que su vida era un llamado a seguirle por las rutas de Galilea, lugar de necesidades. Supieron que su vida era camino. ¿No lo dijo él? «*Yo soy el camino*». No pensaron que el mundo tuviera que venir a ellos. Al contrario, se sintieron llamados a ir al mundo como su Maestro —*para hacer bienes*.

¿Somos nosotros también «los del Camino»?

Porque es un caminar en pos de las huellas de Jesús, con esa actitud compasiva, con esa apertura a todos, en ese espíritu de derribar barreras de todo tipo. No olvidemos que ese «movimiento de seguidores de Jesús», al igual que él mismo, era peligroso para la religión estática, la dogmática, la que busca reconocerse al lado del poder político.

Caminar es la mejor manera que tiene uno para sentirse vivo. Y hacerlo en el espíritu de Jesús es la mejor manera de hacer que otros vivan también. ¡Qué hermoso sería si todavía nos llamásemos «los del Camino»!



Democidio y la Biblia

por Dionisio Byler

La palabra «democidio» es nueva para mí. (Y tan nueva: todavía no figura en ningún diccionario —aunque sí en la Wikipedia.) Si «democracia» es la autoridad soberana del pueblo, «democidio» es lo que sucede cuando los gobiernos asesinan al pueblo.

Me tropecé con este concepto al final de un libro fascinante sobre «Apocalipsis e Imperio», cuyo interés principal para mí consistía en su impresionante análisis del libro de Daniel como respuesta al régimen de terror de Antíoco IV «Epífanés» en Jerusalén, en el siglo II a.C. La autora pone fin al libro, tras sus conclusiones, con algunas cuestiones que siguen abiertas para investigación en el futuro; entre otras cosas, cómo responder a regímenes de terror hoy. Allí dejó caer la siguiente cifra, que me dejó de piedra: En el siglo XX, 262.000.000 —sí, doscientos sesenta y dos millones— de personas murieron a manos de los gobiernos. Eso, al margen de los caídos en combate, por lo cual, en la página sobre democidio que luego he consultado en internet, España ni siquiera figura en la tabla de países democidas del siglo XX a pesar de nuestra cruenta Guerra Civil.

La cifra viene a traer al presente la realidad de regímenes de terror que reflejan no solamente el libro de Daniel sino también, probablemente, las cartas de Juan, el Apocalipsis de Juan desde luego, y sin duda también los Evangelios, en nuestro Nuevo Testamento. En realidad, probable-

mente no nos enteramos de mucho de lo que cuenta la Biblia si ignoramos o dejamos de tener en consideración la preponderancia de regímenes democidas —regímenes de terror— que han gobernado habitualmente las civilizaciones humanas.

Algo de ello podemos ver claramente, por ejemplo, en el relato sobre el deseo del Faraón en Egipto de reducir la proporción de esclavos en relación con las personas libres; para lo cual no se propuso liberar esclavos sino dificultar su reproducción matando niños varones. O la naturalidad con que el libro de Josué relata una ideología de exterminio de la población autóctona cuando la invasión de Canaán por las tribus de Israel.

La relación entre estos dos casos es fascinante, entre otras cosas, porque ilustra cómo los que en una generación han sufrido como víctima, en la siguiente pueden cometer iguales o peores crímenes. Los criminales más patológicos son a veces personas cuya sensibilidad moral ha quedado dañada o incluso destruida por atrocidades padecidas en carne propia, de tal manera que son incapaces de sentir piedad por el prójimo. Otras veces — y el relato de Josué también ilustra esto— son personas que están tan convencidas de representar el bien y el progreso, o la religión y la voluntad de sus dioses, que piensan que la conciencia y el freno moral no vienen a cuento para ellos. El fanatismo ideológico o religioso es probablemente una de las fuerzas más culpa-

Ante realidades como estas, la Biblia ensaya formas de resistencia que se manifestaron eficaces para conservarnos hasta hoy el legado de sus convicciones y el conocimiento de su Dios eterno, Creador y Salvador de la humanidad.

bles de que surjan regímenes de terror.

Bajo Antíoco Epífanés en el siglo II a.C. cuando se escribe el libro de Daniel, así también con la destrucción de Jerusalén y la desaparición de Judea bajo los romanos en el siglo I de nuestra era, los judíos (y no olvidemos que los «cristianos» eran en el siglo I una secta o facción interna del judaísmo) se enfrentaron a la destrucción masiva de su población, su religión y su forma de entender la vida. Eran regímenes de terror, cuyos soberanos se atribuían un poder absoluto sobre sus súbditos. Los judíos — entre ellos los cristianos— debían



entender, de una vez por todas, que si comían no era porque su Dios hacía llover y multiplicaba el trigo en sus campos, sino porque sus soberanos les daban permiso para comer. Para que aprendieran eso, quemaban campos de trigo, se quedaban con toda la mies para alimentar sus ejércitos, o sencillamente reducían a esclavitud al pueblo, que entonces sólo comía cuando y si el amo decidía que comieran.

Debían entender que el templo de Jerusalén, si existía, era porque el rey lo permitía; si celebraba sus sacrificios al Señor era porque el rey lo ordenaba. Pero Antíoco Epifanes podía de igual manera expropiar los tesoros del templo y disponer allí, sobre ese mismo altar, el sacrificio de cerdos a Zeus Olímpico; y el emperador romano podía derribar el templo y mandar construir en su lugar otro dedicado a Júpiter Capitolino. Solamente podía haber religión y fe y creencias y culto y sacrificios cuándo y cómo mandaba el gobierno.

El calendario judío, con su ritmo semanal de siete días y sus diversas festividades mensuales y anuales, respondían en primer lugar al orden de la mismísima creación —cuando el Señor descansó el séptimo día— y a toda la historia de salvación vivida durante mil años por Israel, así como los ritmos anuales de la producción de la tierra. Esto también lo cambió Antíoco, mandando un nuevo calendario,

con festividades diferentes y declarando así que desde la Creación hasta el presente y el futuro eterno, el mismísimo Tiempo se sometía a su autoridad. No quedaba nada al margen de su poder, ningún resquicio para otras creencias y costumbres y dioses que lo que mandaba el rey.

Desde luego los tiranos de épocas pasadas carecían de los medios sofisticados de control psicológico e ideológico propios del totalitarismo del siglo XX. Los medios psicológicos y tecnológicos de que disponen los gobiernos hoy, hacen que cuando adoptan el camino demócida sea imposible pensar ni opinar nada diferente de lo que ellos mandan pensar y opinar. En aquel entonces se pretendía ese mismo control absoluto, pero probablemente estaba fuera de su alcance, quedándoles solamente como métodos de control la brutalidad del terror, la muerte, hambrunas provocadas, las violaciones sistemáticas de mujeres y niñas y la esclavitud.

Ante realidades como estas, la Biblia ensaya formas de resistencia que en primer lugar, se manifestaron eficaces para conservarnos hasta hoy el legado de sus convicciones y el conocimiento de su Dios eterno, Creador y Salvador de la humanidad. Y en segundo lugar, nos pueden guiar hoy para saber cómo vivir cuando la corrupción política, el desempleo, los desahucios, el abismo creciente entre ricos y poderosos y la inmensa masa de la sociedad en vías de empobrecimiento, parecieran robarnos la esperanza y el futuro. En realidad las formas bíblicas de resistencia valen para situaciones mucho más terroríficas que nada que podamos imaginar los españoles del siglo XXI. No quepa duda que ningún régimen demócida presente ni futuro podrá jamás acabar con aquel pueblo que resista con las armas que nos propone la Biblia.

En primer lugar, resistir las mentiras con la verdad. El primer campo de batalla es la mente de los creyentes. Cuando los que mandan —sean gobiernos, sean las fuerzas económicas que ponen y derriban gobiernos a placer— pretenden robarnos la esperanza en ningún otro futuro diferente del que ellos nos proponen, es posible seguir convencidos del futuro glorioso

que nos espera en Cristo. A lo largo de los siglos los mártires que han entregado la vida cantando salmos y declarando su fe en Dios, han demostrado que esto es posible: que quien resiste con cánticos y alabanzas no sucumbe a la desesperanza y el lavado de cerebro, no sucumbe al dolor físico ni a la tristeza infinita que procuran provocar matando a todos los seres queridos. ¡Siempre es posible creer! ¡Siempre es posible seguir esperando en Dios!

En segundo lugar, la oración y el clamor. La oración como acto público de resistencia —como Daniel que oraba con la ventana abierta, en dirección a Jerusalén. La oración como declaración de que Dios existe, que existe otra autoridad superior a toda autoridad humana. La oración de arrepentimiento colectivo —como las de Daniel 9 y Nehemías 1— atribuye nuestros padecimientos no a la maldad del enemigo sino a nuestros propios pecados y los de nuestros antepasados. La oración de arrepentimiento colectivo ignora a esos que se creen quién para hacernos sufrir y atribuye todo padecimiento —pero también, por consiguiente, la potestad para hacer que el padecimiento cese— a Dios en el cielo. Toda la Biblia está llena de ejemplos del poder real de la oración para conseguir que Dios transforme realidades que parecen inamovibles.

En tercer lugar, resistirse a la imitación de las propias tácticas de terror. Muchos no entienden esto. Matar hombres y mujeres —según Jesús, incluso odiar a hombres y mujeres como enemigos en lugar de amarlos como prójimo— es claudicar. Odiar y matar y vengar es aceptar la ideología del homicidio, del terror y en última instancia, de los propios demócidas. Los cuatro evangelios, escritos todos después de la destrucción de Jerusalén en el año 70, coinciden en recoger la instrucción de Jesús de nunca devolver mal por mal, siempre amar, siempre ver a todo ser humano como un prójimo, nunca como el ser bestial que ellos mismos se creen ser según las conductas bestiales que adoptan. Cuando los cristianos hemos olvidado eso, ya hemos sido derrotados aunque parez-

La oración de arrepentimiento colectivo ignora a esos que se creen quién para hacernos sufrir y atribuye todo padecimiento —pero también, por consiguiente, la potestad para hacer que el padecimiento cese— a Dios en el cielo.



camos vencer. Pero cuando hemos sabido amar a quien humanamente es imposible amar, aunque nos maten hemos vencido. Entonces Dios ha vencido y será todavía capaz de resucitar lo que está muerto, levantar de las cenizas lo que todo el mundo daría por perdido para siempre.

Si Jesús resucitó, ninguna situación está nunca perdida del todo ni sin esperanza ni futuro.

Contra la mentira, verdad. Contra regímenes malignos, clamor ante Dios. Contra el odio, amor. Contra la desesperanza, fe y confianza en Dios. Y en ningún caso devolver mal por mal.

CTK - Curso 2013-14

Hemos recibido la siguiente comunicación (14 de agosto):

Estimados hermanos/as:

Os pongo este mensaje para recordaros que a partir de septiembre ya tendremos materiales en CTK (www.ceteka.org) para preparar la primera reunión del nuevo curso 2013-2014, que será el primer sábado de octubre. En la página web está toda la información.

Creo que hasta la fecha hemos tenido una buena experiencia de comunidad en el aprendizaje teológico, con personas con trasfondos muy distintos.

Tal vez éste sea el momento de animar a los miembros de las congregaciones que quieran estudiar con nosotros. Como sabéis, hay becas disponibles para ayudar con el transporte a los que viven fuera de Madrid. Además, el sistema de CTK es cíclico, de modo que cada año se pueden incorporar nuevos estudiantes.

Si tenéis alguna pregunta, no dudéis en contactarnos: ceteka@ceteka.org

Con un abrazo fraterno,
Antonio González

- Se ha cancelado el retiro de estudiantes y profesores de CTK que teníamos programado para octubre, dejándose para mayo de 2014. Por consiguiente el curso de octubre, sobre «La iglesia. Unidad y testimonio», será donde siempre.
—D.B.

Marcha por Jesús

Burgos, agosto de 2013 — Como anunciamos en el número anterior, se está preparando en Burgos una Marcha por Jesús para el día 21 de septiembre. Esta marcha —por iniciativa y el trabajo de los jóvenes— convoca a todos los evangélicos de la ciudad a celebrar por algunas de las

CTK Centro Teológico Kénosis
Conocer a Cristo es seguirle.



CTK es un centro de estudios de teología y ministerio cristiano creado con el patrocinio de AMyHCE. El programa está abierto a todos, a la vez que fue ideado pensando especialmente en nuestras iglesias.

CTK anuncia su programa para el curso 2013-14:

- 5 de octubre · **La iglesia. Unidad y testimonio** —Antonio González
- 9 de noviembre · **Vida y testimonio en la iglesia antigua** —Sergio Rosell
- 14 de diciembre · **Antiguo Testamento y Salmos** —Dionisio Byler
- 1 de febrero · **Historia de las Reformas** —Antonio González
- 1 de marzo · **Ética familiar y sexual** —Raúl García
- 5 de abril. **Espíritu Santo. Dones y ministerios** —Dionisio Byler
- 9-11 de mayo · **El culto en el siglo XXI** —Carolina Fitch

partes más céntricas de la ciudad, la salvación y el señorío de Cristo. Los preparativos avanzan y con ellos, el entusiasmo por expresar de esta manera un testimonio a la ciudad de Burgos. Una forma de testimonio que hacía muchos años —casi una generación— que no se realizaba en esta ciudad.

Invitamos a nuestros hermanos y hermanas de otras ciudades a acompañarnos con sus oraciones en los días previos y el propio 21 de septiembre. Desde luego están también invitados todos los que se quieran sumar al gentío evangélico que estaremos participando, acercándose ese día a nuestra ciudad con ese fin.

Noticias de nuestras iglesias

Bautismo, local nuevo

Desde Tenerife (13 de agosto) nos llega esta carta emocionante:

Mil bendiciones, amados hermanos de AMyHCE.

Estamos contentos por muchas razones: Primero porque Dios es siempre fiel. Segundo, por los terceros bautismos del año 2013. En los tres casos fueron unos auténticos milagros de conversión, de cómo el Señor tocó sus corazones. En los tres casos, aunque en diferentes situaciones, las conversiones tuvieron un denominador común: ver el amor y la comprensión reflejada en nosotros:

—Lo que me llamó más la atención de esta iglesia, es que siendo tan pequeña, se siente entre todos el amor. Pero un amor diferente. No sé, pero da paz.

—Después de haber estado apartado de las iglesias por mucho tiempo por lo que tristemente he visto, doy gracias al Señor que me haya puesto en el camino del pastor Juan, que no sé si está tan loco como yo porque me supo entender. Eso me llevó a volver a creer en los pastores y hoy mi hijo se bautiza.

—No sé lo que Dios tiene para mí, pero sí sé que no quiero seguir viviendo de esta manera.

Son parte de los testimonios de los últimos bautizados. Pido oración para que el Señor nos dé la sabiduría necesaria para darles el seguimiento adecuado a estas nuevas almas.

Y por último estamos de fiesta por la inauguración de nuestro nuevo local cito en: Rambla de Añaza, parcela 10, local 4, «Centro cristiano de Añaza». Aquí nos estaremos reuniendo prácticamente todos los días. Sabemos que este lugar será de gran bendición. Hemos tenido auténticas luchas para poder abrir, básicamente por la economía. Pero cuando tenemos un Dios Todopoderoso a nuestro lado no hay nada que no podamos hacer, y con un poco de empeño, reciclamos metales para hacer escalera, reciclamos materiales de construcción para cerrar paredes y



vendimos material sobrante y chatarra que encontramos, para ayudar a sufragar los gastos y poder abrir el local. Con muy poco dinero pero con mucho amor y trabajo logramos abrir esta nueva iglesia.

Aprovecho para agradecer a todos los hermanos que de una forma u otra colaboraron para que este sueño se hiciera realidad. Dice la palabra del Señor en Marcos 9,23: «Para el que cree todo le es posible». Amados, creamos y confiemos en el autor y consumidor de la fe, y los sueños se harán realidad. Por eso busquemos el reino de Dios y su justicia y las demás cosas serán añadidas.

Que el Señor los bendiga ricamente,

Juan Ferreira

Enlace Manjón - Sanz

Burgos, 17 de agosto — Hoy se celebró en la localidad de Santa Gadea del Cid (Burgos), la boda de Josué Manjón Río y María Sanz García.



¡Noticias de todo el mundo!

El Congreso Mundial Menonita ha mejorado sensiblemente su sistema de difusión de noticias.

Para suscribirse al servicio de noticias de CMM entrar al sitio con el enlace al pie de esta nota, pinchar en «Comprométase», luego «Suscripción de publicaciones», donde se puede escoger entre varias modalidades (todas gratuitas).

<http://www.mwc-cmm.org/news>

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

cielo —Con pocas palabras de nuestro vocabulario cristiano se nota tanto el peso de los siglos transcurridos desde los tiempos bíblicos, como con el concepto de «cielo». Bien es cierto que hoy día también podemos emplear frases como «Padre nuestro que estás en los cielos» o «Mamá ya nunca volverá: se ha ido al cielo» o «Cuando Cristo vuelva en gloria subiremos al cielo con él». Sin embargo es difícil —para mí, confieso que imposible— recuperar el sentido literalista con que antes se decían estas cosas. Pesan demasiado sobre nuestra mente ya no el sistema planetario de las matemáticas claras de Newton sino el universo posterior a Einstein con singularidades, agujeros negros, tiempo que pasa de diferente manera según a qué velocidad te mueves, galaxias distantes en tiempo y espacio...

Es tan fuerte la impresión que deja sobre nosotros el conocimiento del cielo como espacio material y de retroceso en el tiempo, que queda poco o nulo lugar —salvo como metáfora de realidades inefables— para hablar del cielo como lugar espiritual, lugar divino, morada de Dios y de ángeles y de personas como Enoc o Elías, que subieron ahí en carne sin morir por su especial santidad y relación con Dios.

El cielo se nos funde también en la mente con la idea del Paraíso —el Edén perdido— que sin embargo según el Génesis no estaría «arriba» sino aquí abajo en algún lugar de la Tierra. Toda la geografía y cosmología astronómica de la antigüedad, tan apta para infundir esperanza y ánimo y confianza a otras generaciones, se nos queda reducida a metáforas de consolación —y hemos salido perdiendo.

En el mundo donde vivió Israel y se escribe nuestro Antiguo Testamento, el cielo es donde vivían los dioses, que eran más o menos lo mismo que los astros. Los dioses podían materializarse en sus ídolos en cada uno de los templos donde eran adorados sin por ello abandonar el cielo, por cuanto podían estar en ambos lugares a la

vez. Mientras que en el mundo de los romanos cuando se escribe el Nuevo Testamento, los astros y constelaciones eran también dioses y toda una configuración de seres espirituales y también —según creían algunos— las almas de los difuntos. Los cielos se numeraban a veces en capas esféricas alrededor de la tierra.

El Apocalipsis de Juan es curiosamente «astrológico». Las batallas entre estrellas de distinto signo en el cielo (el arcángel Miguel y sus ángeles contra el Dragón y los suyos, Ap 12) son esencialmente otro aspecto de conflictos que se viven aquí en la tierra. Los veinticuatro tronos y ancianos que rodean el trono celeste (Ap 4,4) serían las 24 constelaciones que, según se creía, gobiernan cada una de las 24 horas del día y la noche terrestres.

Cuando el salmista afirma que el cielo declara la gloria del Señor o que el sol y la luna y todos los astros del cielo cantan sus alabanzas, esto era mucho más que lenguaje poético de singular belleza. Era una declaración de la soberanía del Señor sobre toda la multitud innumerable de seres espirituales que poblaban el cielo y desde allí influían en la vida de los mortales.

¿Qué hemos de pensar en el siglo XXI sobre el cielo, entonces?

Desde luego, sumarnos a los supersticiosos que hasta el día de hoy se creen que las constelaciones determinan el curso de nuestras vidas no parece en absoluto recomendable. Sea lo que sea ese cielo donde vive Dios, según el Nuevo Testamento él vive también en nosotros, tiene su templo en nuestro interior. Pero aunque «llenos» de su Espíritu, que vive en nosotros, ninguno podemos contener a Dios; habrá que aprender entonces a ver también a Dios en el prójimo, en todo aquel que se deja inspirar para el bien y la misericordia y el perdón y la generosidad.

Y en cuanto a lo que hay más allá de la muerte, «el cielo» no deja de ser un concepto maravilloso para describir nuestra seguridad y confianza de

que Dios nos recibirá al otro lado cuando aquí hayamos cesado. Nos recibirá con amor y generosidad y gracia y perdón. Mucho más que la idea de calles de oro en un cielo material, a mí siempre me ha emocionado esa imagen de Dios como madre que enjugará nuestras lágrimas y nos estrechará contra su pecho, brindándonos esa consolación infinita que nos hará olvidar cualesquier malos tragos hayamos padecido. Metáfora también, en fin; aunque sigo convencido que detrás de estas metáforas bíblicas hay realidad eterna de consuelo impar.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org